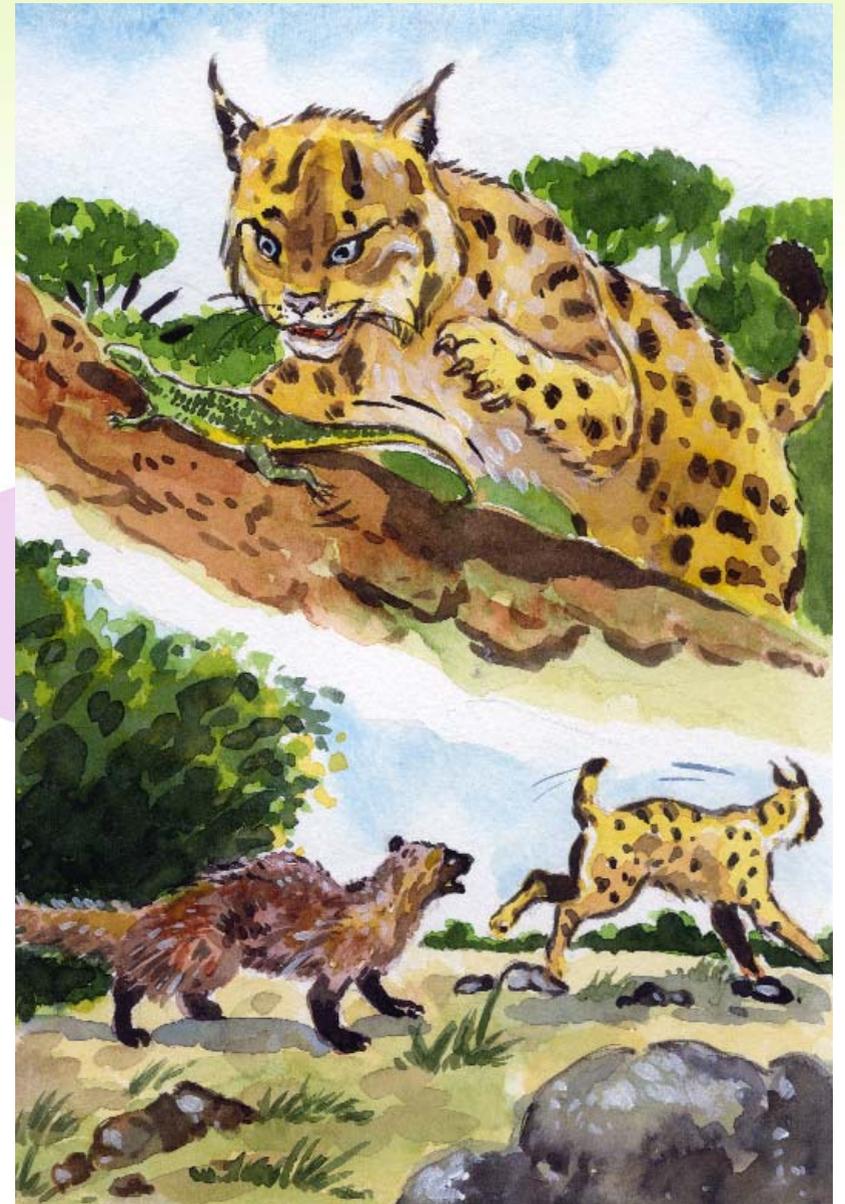


Esta historia que a continuación te vamos a contar, le pasó a un lince no hace mucho tiempo. Los hechos sucedieron así.

La madre llevaba varios días hostigándole para que abandonara el territorio; pero Mures se hacía el remolón. Hasta que una mañana su querida madre se despertó con las barbas erizadas decidida a acabar con tanta pereza. Tenía que hacer cumplir la costumbre de dispersión que tienen los lince para encontrar nuevos territorios. Así que se lo dejó claro a su hijo nada más amanecer, dándole unos cuantos gañafones. Entonces Mures, que ya tenía poco más de un año, comprendió que la cosa iba en serio, y se fue sin despedirse.

Durante tres días vagabundó por extensos territorios, en los que la comida que pudo conseguir fue escasa y poco succulenta. Además tuvo que soportar la agresividad y humillación a la que le sometieron otros ejemplares de su misma especie de mayor tamaño. Incluso un meloncillo se sobrepasó con él.

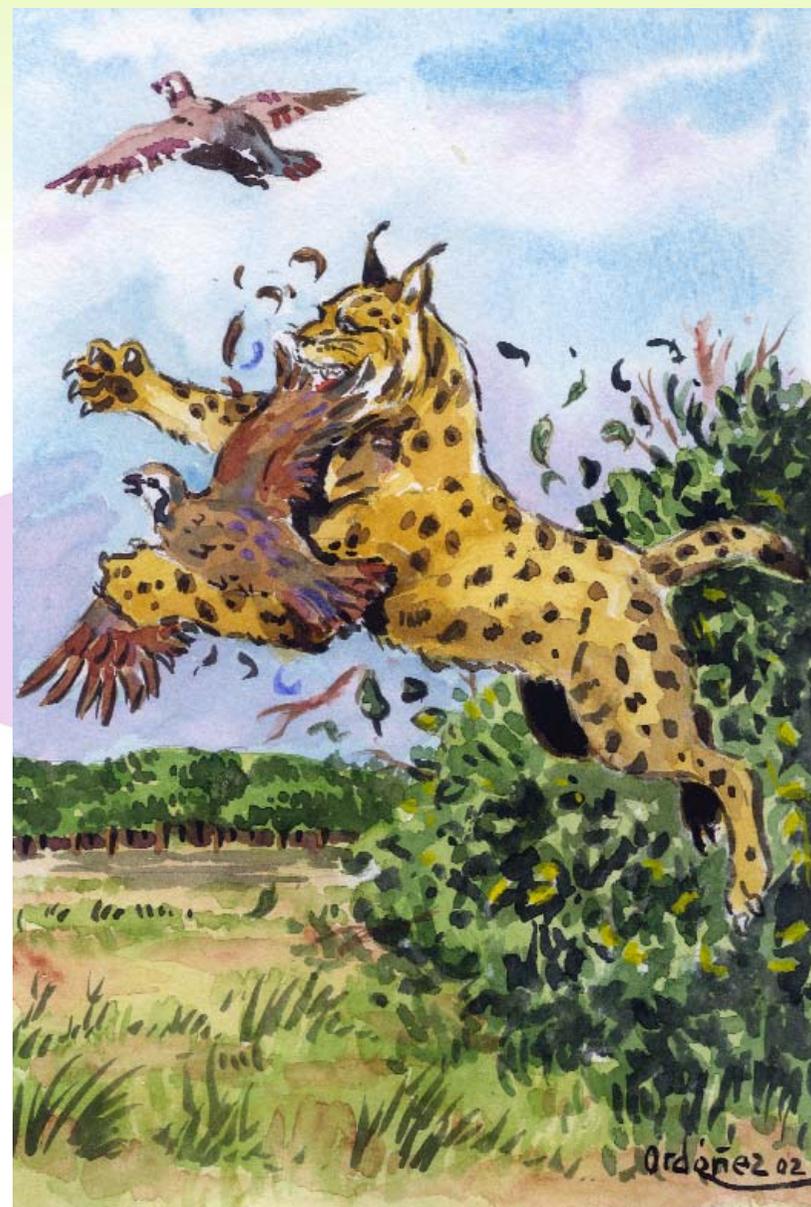
Hasta que un día se encontró con Bast: una preciosa y joven lince que no le demostró ninguna



antipatía, con la que se puso a jugar después de los correspondientes saludos y olisqueos, algunos rozándose los hocicos. Al cabo de una hora de juerga, se apartaron unos metros y permanecieron relajados durante un tiempo. Pero el instinto de Mures le decía que tenía que marcharse. Que ése no era su territorio. Entonces se acercó a Bast, la olisqueó de nuevo, y miró al horizonte con la cabeza muy levantada percibiendo la brisa; y al momento partió.

Caminaba como al trote. No sabía por qué, pero ahora se sentía más seguro en la búsqueda de su propio territorio. Pronto consiguió el sitio que quería.

El tiempo pasó; y Mures se convirtió en un lince esbelto y buen cazador. Un día llegó a su olfato un olor peculiar. Los efluvios de aquella fragancia, nada tenían que ver con los olores que expelían otros animales que formaban parte de su dieta; ni con el de la variada flora del bosque mediterráneo. Sin embargo, era el olor más estimulante que jamás había percibido. Con la cabeza erguida caminó como entre nubes, dejándose llevar por la brújula de su extraordinario sentido olfativo.

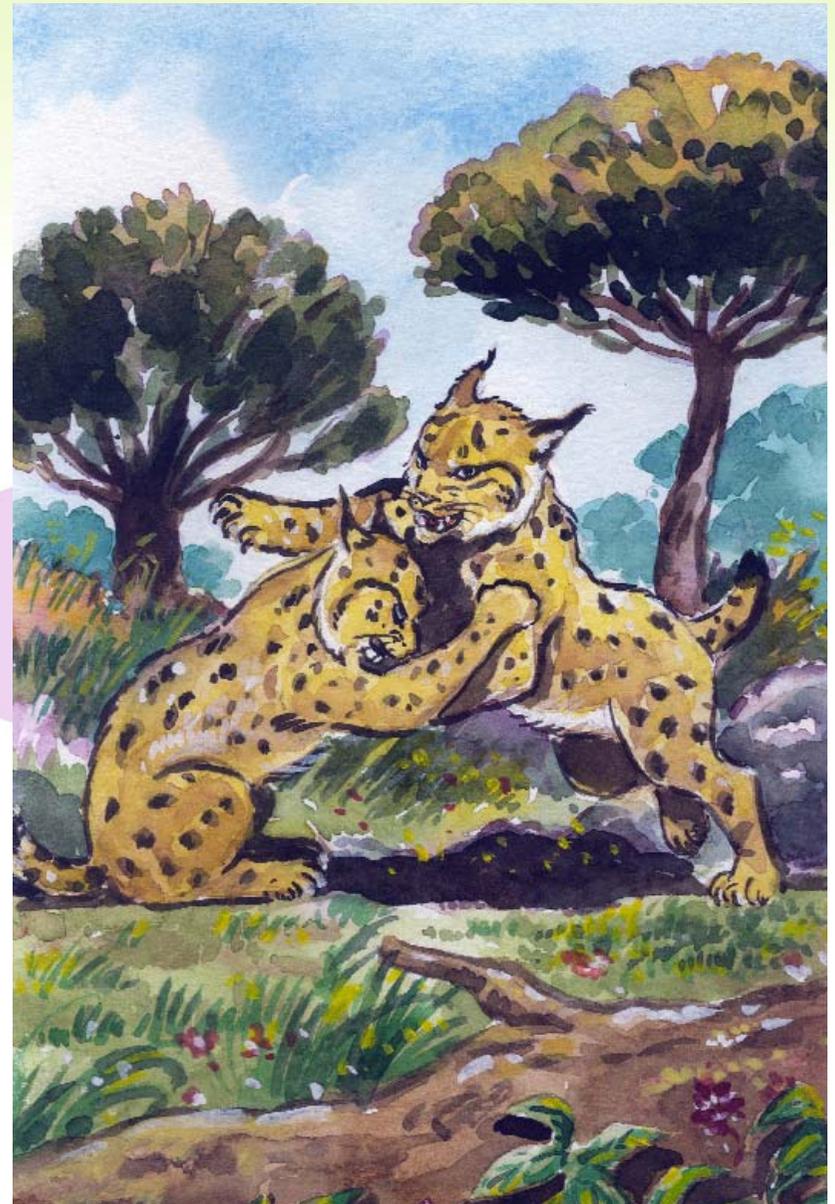


¡Eureka! ¡Qué feliz sorpresa se llevó ! En una pradera se encontró con Bast, que entre las altas hierbas asomaba sus orejas puntiagudas, observando su acercamiento. Los dos lince se alegraron al verse otra vez, saludándose con los olisqueos de costumbre. Entonces Mures comprobó que el particular olor lo producía Bast; que estaba en celo y receptiva para el amor. Jugaron, pero esta vez el juego tuvo otro sentido; pues los dos lince se enamoraron.

Después de consumir el apareamiento, y aunque Mures estaba muy enamorado, el instinto territorial le decía que tenía que volver a sus dominios. Sabía que si no lo hacía otros lince se apoderarían de ellos.

Y así lo hizo. ¡Cuántas jornadas, una tras otra, se pasó ensimismado con el recuerdo de su amada Bast ! Pero él era un gran lince, y no podía abandonar su propio territorio. Así que controlaba sus sentimientos con mucho tesón.

Un día que se encontraba dormitando, de nuevo le llegó aquel llamativo olor inundándole todos los sentidos.



El deseo de reunirse con Bast fue irresistible, y corrió a su encuentro.

"Umm...Bast; mi dulce Bast.., pensaba Mures sin perder la orientación y el rumbo aromático. Nuestro enamorado lince flotaba en una nebulosa. El bosque le parecía aún más hermoso. Sin reparo, siguiendo la pista, se dispuso a cruzar una línea negra y ancha que se interponía dividiendo el territorio. Y fue entonces, queridos niños, cuando se produjo una circunstancia fatal.

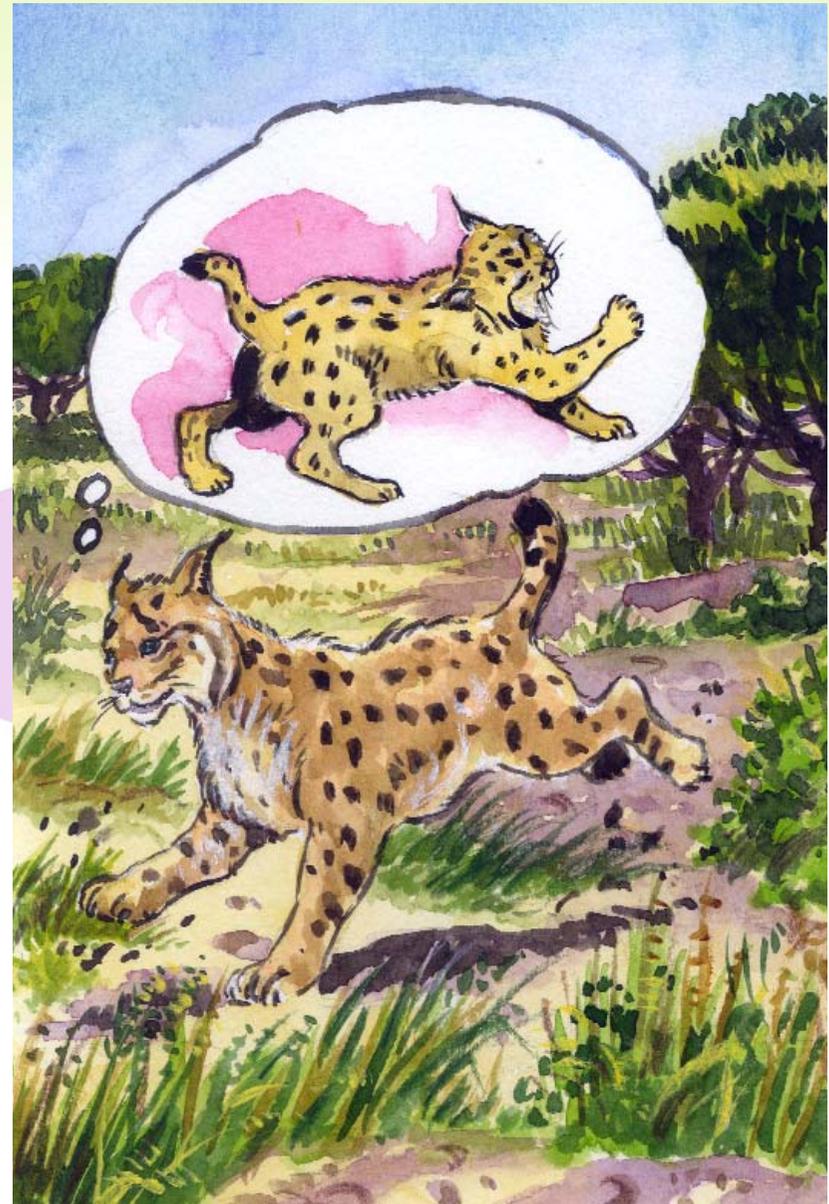
Un monstruoso aparato se avalanzó sobre Mures, provocándole graves heridas. Los tres ocupantes del vehículo se apearon de él y observaron al lince moribundo.

-¿Qué bicho es éste?-preguntó uno de ellos-.

Mures gruñía de dolor.

-Es un lince. ¡Ten cuidado! ¡No te arrimes tanto, que aún vive y te puede atacar! -dijo el conductor.

-¿Qué hacemos? ¿Llamamos a algún sitio?-dijo el tercero de los ocupantes.



-¡Que va ! Este bicho está ya listo-contestó rápidamente el conductor-. Si llamamos tendremos problemas; además del multazo que me pongan.

-Si claro; la verdad es que...ibas un poco lanzado, y el pobre lince no ha tenido opción-respondió con cierta compasión uno de los dos acompañantes.

Ante tal comentario el conductor hizo oído sordo, y un silencio se hizo entre ellos. Mientras, el pobre Mures, se retorció de dolor y se le nublaba la vista. La vida se le escapaba.

-Bueno, vamos a resolver. Que aquí no hacemos nada- habló de nuevo el conductor -apartémoslo de la carretera y vayámonos pronto, que nos están esperando para comer la paella.

Los dos acompañantes asumieron la decisión del conductor sin rechistar, y apartaron al lince (aún vivo) a puntapiés hasta el arcén.

Un cuarto de hora después, otro vehículo pasó por allí.

-¡Mira, papá ! ¡Ahí en el arcén hay un bicho!-gritó el benjamín de la familia.

-¡Sí, parece que está muerto!-dijo su hermana.

-¡No, no está muerto! ¡Yo he visto que se movía!
¡Para el coche papá!

Pararon a poca distancia de donde se encontraba el lince. Impacientes, los niños se adelantaron a sus padres para contemplar de cerca al animal herido.

-¡Papá, mamá! ¡Rápido venid! ¡Es un lince !-gritaron los chavales.

-¿Veis como os dije que está aún vivo?-dijo el chavalín.

-¡Ay, qué pena !-musitó su hermana-. ¿Quién lo habrá herido?

-No lo sé, hija-respondió la madre; pero desde luego no tenían que haberlo dejado moribundo tirado en la cuneta.

-Vamos a llamar al ayuntamiento más próximo para que vengan a por él. A lo mejor aún pueden salvarle la vida- decidió el padre.



Las asistencias no tardaron mucho en llegar. Mures aún seguía vivo. La decidida y generosa atención que le prestó aquella anónima familia, salvó al lince Mures de una muerte segura. Lo curaron en un centro de recuperación. Aunque le quedaron algunas secuelas físicas del accidente, ya que perdió un ojo y tuvo dificultad para caminar. Pese a todo, Mures no perdió el deseo de encontrarse con su enamorada Bast.

Dramática historia es ésta, querido niño, en la que un lince buscando a su enamorada cae mal herido, absurdamente, por no respetar los humanos las zonas en las que habitan.

Tenéis que saber, que el lince ibérico, nuestro lince, es el felino más amenazado de extinción del planeta.

Así que, por favor, si un día circulais, por una carretera que atraviese una zona en donde vivan los linces; decidles a vuestros padres que vayan con cuidado, que respeten los límites de velocidad establecidos y otras señalizaciones que los protegen.

Pero la historia de Mures no termina aquí. Pues su encuentro amoroso tuvo trascendencia. La bellísima Bast parió a Esperanza, en el hueco de un gran acebuche. Esperanza creció. Y hoy es una bella adolescente de lince, que está a punto de emanciparse de su madre para buscarse un nuevo territorio.

¡Ay, Esperanza... Si tu conociéras a Esperanza!...

FIN

